

## LA HEROINA DEL DOLOR

Á LA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ.

### I.

Por una angosta vereda  
Que cruza entre las montañas  
Que por el Sur de Jalisco  
Forman gigante muralla,  
Caminando paso á paso,  
Al despuntar la mañana,  
Van en sus dóciles potros  
Que de fuertes tienen traza,  
Un oficial embozado  
En vieja y obscura capa,  
Una mujer bella y joven  
Con un niño que amamanta,  
Y un asistente que sigue  
De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,  
Alegres las aves cantan,  
El viento cruza tan manso,  
Que no estremece las ramas;  
Sonoro rumor se escucha  
De las distintas cascadas,  
Y la tierra humedecida  
Con las lágrimas del alba  
Entre el tupido follaje  
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos  
Atraviesan las bandadas  
De mirlos y colorines,  
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,  
Y, al compás de las pisadas  
De los caballos, sostienen

Festiva y sabrosa charla.  
— Mira qué grandes, qué bellos  
Tiene los ojos — exclama  
La mujer mirando al niño:  
Si ya con los ojos habla;  
Mira que obscuro es su pelo,  
Sus manecitas qué blancas,  
Y esa sonrisa tan dulce  
Que llega al fondo del alma.  
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta  
Del bello grupo la vista,  
Responde con risa franca  
Que la ternura denuncia  
Y el buen carácter delata:

— Por fuerza debe ser bello,  
Si tiene mi misma cara:  
Es retrato de su padre  
Y hasta los ciegos lo cantan. —  
Alzó la joven el rostro,  
Y lanzando una mirada  
Más traviesa que burlona:  
— Sí, tu retrato le llamas  
Contestó — porque no has visto  
En un espejo tus gracias. —

Y como dando la prueba  
De que mienten sus palabras,  
Acaricia del marido  
La lengua y sedosa barba.

El sol se va levantando;  
De los montes en la falda  
Las nieblas desaparecen,  
Y se agrupan en las palmas,  
Buscando la fresca sombra,  
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,  
Mas ya con penosa marcha,  
Que baja lumbre del cielo  
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura  
Defender del sol que abrasa,  
Formándole frágil toldo  
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes  
Sin soltar ni la bufanda,  
Pues toma por buena regla:  
« Para buen sol, buena capa ».

El soldado indiferente  
Silbando el toque de marcha,  
Sigue cual si no sintiera  
Temperatura tan alta.

Él se apellida Lozano;  
Ella, Matilde se llama,  
Y el asistente responde  
Al nombre de Juan Zapata.

## II.

De improviso los caballos  
Detiéndose, y con recelo  
Alzan la cabeza y mueven  
Ambas orejas á un tiempo.  
El oficial y el soldado  
Comprenden cercano riesgo,  
Los dos empuñan las armas,  
Y, con ademán resuelto,  
Saltan entre la maleza,  
Límite del bosque espeso.  
No bien un palmo adelantan  
Cuando salen á su encuentro,  
Cual brotando de la selva,  
Audaces, terribles, fieros,  
Los cazadores franceses  
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil,  
Que en gran número son ellos,  
Y tan de prisa se llegan,  
Que cercan en un momento  
Al oficial y á Zapata,  
Intimándoles soberbios.  
El uniforme denuncia

A Lozano, y sin remedio  
Tiene que entregar sus armas  
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, temblando,  
Con el rostro descompuesto,  
Las lágrimas en los ojos  
Y apretando contra el seno  
Al niño, cual si quisiera  
En ella misma esconderlo,  
Matilde mira á su esposo,  
A los soldados y al cielo,  
Y ni tiene una plegaria,  
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos  
Hacen bajar á los presos,  
Y en medio de los franceses  
Y sin ningún miramiento,  
Se encamina la columna  
Buscando el vecino pueblo,  
Y tras ella pensativa  
Sigue Matilde en silencio,  
Que nadie de ella se ocupa  
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,  
En un camino desierto,  
Con un niño entre los brazos,  
Llevando dentro del pecho  
El corazón comprimido  
Por el dolor más intenso,  
Podrá conmover sin duda  
El ánimo más sereno:  
Pero en medio de las luchas  
Y cuando sopla el aliento  
De los combates, en vano  
Fuera buscar un consuelo  
En marciales corazones  
Templados á sangre y fuego.

## III.

Prisionero está en Colima  
El comandante Lozano,  
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.  
 Tiene en peligro la vida  
 El jefe republicano,  
 Pues de cuantos han caído  
 A ninguno ha perdonado,  
 Que Berthelín que allí manda  
 Debe en justicia á sus actos  
 Los renombres que le siguen  
 De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa  
 En un apartado barrio,  
 Mas, por desgracia, esa calle  
 Es el camino marcado  
 Para llevar diariamente  
 Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,  
 Luego que suenan las cuatro,  
 Oye Matilde que llevan  
 En las sombras los zúavos  
 A una plazuela cercana  
 Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes  
 El sonar de los disparos,  
 Y luego vuelve la escolta  
 Los cadáveres dejando,  
 Que el cura siempre recoge  
 Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,  
 Con el pecho destrozado,  
 Cada mañana Matilde  
 Escucha llena de pasmo,  
 Cuando pasa la columna  
 A los mártires llevando;  
 Cada mañana supone  
 Que va con ellos Lozano,  
 Y al escuchar las descargas  
 Nubla sus ojos el llanto  
 Y con voz entrecortada  
 Pone al niño en su regazo,  
 Y acercándolo á su rostro,  
 Le dice, bajo, muy bajo:

— ¡Hijo del alma, quién sabe  
 Si á tu padre habrán matado! —

Se pone luego en acecho,  
 Y al regresar los zúavos,  
 Cuando siente que se alejan  
 Y queda en silencio el barrio,  
 Coge un farol y le oculta,  
 Toma al niño entre sus brazos,  
 Abre con temor la puerta,  
 Ve la calle con espanto,  
 Y trémula y conmovida  
 Dirige el incierto paso  
 Hasta el lugar en que yacen  
 Los muertos abandonados....

.....  
 .....  
 .....

Lanza su rojiza lumbre,  
 Tras de los vidrios opacos,  
 El farolillo que tiembla  
 De la mujer en la mano.  
 Hirsuto el negro cabello,  
 De las órbitas saltando  
 Los ojos, como dos ascuas,  
 Ve Matilde, paso á paso,  
 Uno por uno, los rostros,  
 Por el plomo destrozados.  
 Hunde las desnudas plantas  
 De tibia sangre en los charcos,  
 Y ni el terror la detiene  
 Ni la domina el espanto.

Inclínase y delirante  
 Va cada rostro mirando,  
 Y si en alguno las huellas  
 Del proyectil han borrado  
 Las facciones, si la sangre  
 Oculta todos los rasgos,  
 Valerosa se arrodilla  
 Y con atrevida mano  
 Lo enjuga, aparta el cabello,  
 Y su audacia llega á tanto,  
 Que á muchos abre los ojos  
 Claras señales buscando.

BIBLIOTECA ALFONSO

Cuando queda satisfecha  
De que no ha muerto Lozano,  
Se arrodilla, eleva al cielo,  
Cortándola con su llanto,  
La más ferviente plegaria  
Que alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa,  
Pasa en terribles trabajos  
Las horas, llega la noche,  
Escucha sonar las cuatro,  
Y otra vez la misma escena,  
Y sin tregua ni descanso  
Uno tras otros los días  
Va en esta angustia pasando;  
Así transcurren los meses,  
Está su cabello blanco,  
Está su faz demacrada,  
Donde abrió surcos el llanto,  
Y ya una anciana parece  
Y cuenta veintitrés años.

## IV.

Una noche tenebrosa,  
En que ruda la tormenta  
Sobre la ciudad bramando  
Hace estremecer la tierra,  
Y las ráfagas del viento  
Hondos gemidos remedan,  
Y el relámpago se enciende  
Rasgando la sombra densa,  
Y se desata en raudales  
De lluvia la nube negra,  
Tan turbada está Matilde,  
Tan turbada y tan inquieta,  
Que la tempestad de su alma  
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,  
Quiere llorar y están secas  
De sus lágrimas las fuentes,  
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras  
Por más que busca no encuentra;

Al niño toma en sus brazos,  
Y, cual si suyo no fuera,  
Como perdido entre nubes,  
Con vaguedad lo contempla,  
Y siente que le abandonan  
La voluntad y las fuerzas,  
Y que su razón vacila,  
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo  
Como estatua muda y quieta,  
Mas de improviso se yergue,  
Alza el rostro, escucha atenta,  
Y se convence, temblando,  
De que ya las cuatro suenan....

.....  
.....  
.....

Reina en la calle el silencio,  
Ha cesado la tormenta,  
Y se oye sobre las charcas  
Las pisadas que se acercan  
De las tropas que caminan  
A la ejecución sangrienta.  
Matilde, cobrando aliento,  
Va con sigilo á la puerta  
Y quiere por las rendijas  
De la gastada madera  
Contemplar á los que pasan,  
Pero la sombra es tan densa  
Que en vano lanza cual dardos  
Sus miradas hácia fuera,  
Y sólo descubre bultos  
Iguales, fantasmas negras,  
Que saliendo de unas sombras  
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento  
Mientras pasan y se alejan,  
Y ni á respirar se atreve,  
Inmóvil, como de piedra,  
Hasta que escucha á lo lejos  
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;  
Nunca tan honda su pena  
Sintió como en esa noche  
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa,  
Quedó la calle desierta,  
Matilde, cargando al niño,  
Corre á la plaza siniestra,  
Y su agitación es tanta,  
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,  
Y loca, convulsa, y ciega,  
Con avidez, y con ansia,  
Al fulgor de su linterna  
Mira un cadáver tendido  
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla  
Baña la faz descompuesta,  
Matilde lanza un profundo  
Grito, y se desploma yerta.

## V.

Cuando el sol de la mañana  
Bañó montes y collados,  
Y fué á buscar á los muertos  
El cura humilde del barrio;  
Descubrió con gran asombro,  
Estrechamente abrazado,  
El cadáver de una dama  
Al cadáver de Lozano,  
Y junto al fúnebre grupo,  
Llorando en el triste campo,  
Un niño que apenas muestra  
Tener de existencia un año.

## EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

Á IGNACIO PEREZ SALAZAR.

## I.

Treinta y tres años cumplidos,  
Ancha la espalda, alto el pecho,  
Estatura que disfraza  
El tosco vigor del cuerpo.  
Ojo vivo y penetrante,  
Corto el poblado cabello,  
Sin un asomo de barba,  
El bigote escaso y recio;  
Hundido sobre las cejas  
Ancho y oscuro sombrero;  
Ninguna insignia en el traje,  
Ningún militar arreo.  
Siempre prudente y callado,  
Siempre vestido de negro;  
Con una calma y un modo  
Tan natural, tan modesto,  
Que más al verle semeja  
Humilde y franco labriego,  
Que luchador indomable  
Y temido guerrillero,  
A quien los franceses nombran,  
Por su arrojo y su denuedo,  
*El león de las montañas,*  
Y que en reñidos encuentros,  
Lo mismo en Venta del Aire,  
Zitácuaro y Anganguero,  
Probó bien cuanto á su patria  
Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate  
Llegó á contemplar de lejos,  
Pues acompañado ó solo  
Entraba siempre el primero.